

INTRODUCCIÓN

SIRVAN ESTAS LÍNEAS COMO MI propia carta de recomendación. Desde que empecé la escuela primaria me interesan las aves, aunque tengo que admitir que mi pasión no surgió de la nada. Y eso que preferiría atribuirme todo el mérito: a mi inteligencia, curiosidad y originalidad. Pero mi interés surgió por imitación. Mi guía en el mundo de la ornitología fue el primo Michaś, dos años mayor que yo. Le admiraba y emulaba. Quería llamar su atención y le seguía a todas partes.

Todos los años viajábamos juntos a Masuria. Escuchábamos el ulular de la lechuza de Tengmalm, y en la estrecha ensenada del lago Seksty veíamos de cerca a los martines pescando. Discutíamos sobre si el pájaro recién avistado desde el coche podía ser un águila culebrera. Y así, poco a poco, fui profundizando en el mundo de las aves. Mis primeros prismáticos los elegí con mi madre entre el marmágnnum de productos rusos dispuestos en las mesas plegables del mercadillo de Banacha. Las lentes soviéticas eran bastante decentes y tampoco teníamos otra opción.

Varios conocidos ornitólogos tienen algún tipo de mito fundacional vinculado a su vocación. Witek tenía un canario, por ejemplo. Nunca le gustó demasiado; le enervaba la

ruidosa forma de llamar la atención del pájaro. A regañadientes ponía agua en su comedero. Pero, quién sabe, si no hubiera sido por el maldito canario, Witek se habría dedicado a algo totalmente diferente. Yo veía dos postales desde mi cama. Una, la que mi padre había traído de Italia, con la fotografía de un gorrión joven. La otra, una copia de un dibujo con un pequeño búho de Durero. Hoy ya no estoy seguro de si siempre colgaron allí, o si aparecieron después de los prismáticos soviéticos.

¿Y si en el principio fue la palabra, en vez de la imagen? Mi madre solía leerme en voz alta. Me impresionó hondamente *Cuatro amigos emplumados*, de Irena Jurgielewiczowa. Era la historia de cuatro jóvenes gorriones en el casco antiguo de Varsovia: el presumido Cresta, que nació en el tejado de la Casa de los Escritores; el pendenciero Bala; el enclenque Ojo Negro y el melancólico y retraído Mudo. Cada pájaro tenía sus propias ambiciones y aficiones, así como un carácter completamente humano. Recuerdo claramente el nudo que se me hizo en la garganta con el capítulo «Qué pena nos dio el pequeño Gris», en el que unos mocosos asesinan a uno de los pájaros secundarios. También recuerdo haber temblado cuando Cresta fue herido y aterriza en el apartamento de una anciana. ¿Cómo no identificarme con los gorriones de Varsovia después de esto?

En casa solo teníamos una enciclopedia ornitológica, la de Černy y Drchal, *¿Qué ave es esta?* No tengo ni idea de dónde salió: a ningún familiar le interesaban los pájaros. Mis padres sabían poco de la naturaleza, los únicos animales que les gustaban eran los perros, y nadie cazaba. El único rastro de algo relacionado con la caza era una piel de caimán ennegrecida que colgaba en la casa de mi tío en Opole. Debía de tener cien años. Yo fantaseaba con que el zoólogo Konstanty Jelski, un pariente lejano que se embarcó en varias expediciones a Sudamérica, se la había dejado a la familia.

No me gustaba aquel libro, el primero que tuve de aves. Me desagradaban los dibujos; todo el conjunto era muy lúgubre y, según recuerdo, el lomo estaba agrietado en la página 130. Era la página sobre las alcas, los pingüinos europeos, unas aves marinas que no vuelan bien y que solo en invierno aparecen en la costa polaca. Eran algo completamente fuera del alcance de un niño en Varsovia. Incluso cuando buscaba pequeñas aves domésticas, el libro siempre se abría por la página de las alcas.

¿*Qué ave es esta?* pronto fue desterrado. Me lo llevé a nuestro jardín y allí lo abandoné, presa de la humedad y el moho. Su lugar lo ocupó pronto el libro de Jan Sokołowski, *Aves de Polonia*, que tenía grandes y pintorescas ilustraciones (aunque en algunos lugares de colores desvaídos), y contenía información interesante, aunque a menudo anticuada, como un informe de que en 1913 un buitre leonado había anidado en las montañas Pieniny. El libro no era muy grueso y sus descripciones eran escuetas, con mucho espacio en blanco en cada página. Hoy en día, los libros de aves están repletos de datos y las guías parecen pequeños ladrillos.

Durante un tiempo pensé en comprar una cacatúa, pero no me convencía mucho tenerla presa en casa. Las tiendas de animales solo vendían pájaros exóticos, no los que podía encontrar en el barrio. Sin embargo, esos eran los que más me inetrataba conocer. Las criaturas enjauladas no eran realmente pájaros, sino una vil imitación que jugaba con las personas para mendigar comida. Yo quería un animal salvaje. Michaś encontró un joven grajo al que alimentamos con queso blanco y al que en vano instamos a volar. Lo lanzábamos al aire y graznaba con resentimiento, abría las alas y se dejaba caer suavemente sobre la hierba. Algo le pasaba. Probablemente sus padres se habían dado cuenta de que el polluelo no apuntaba maneras y lo habían echado del nido.

A las enciclopedias o manuales de aves se las menciona por los nombres de sus autores, para abreviar. Así pues,

aunque disfruté con mi Sokołowski, el verdadero hito fue *Aves de Europa*, editado por Kazimierz A. Dobrowolski, con láminas de Władysław Siwek. El libro era moderno y actual. Su diseño recordaba a las Guías Peterson americanas, con ilustraciones claras y coloridas. Junto a las descripciones de las distintas especies había dibujos en blanco y negro que mostraban los comportamientos característicos de las aves. Copié laboriosamente «El charrán común pescando» o «El vuelo de cortejo de la agachadiza común». Siguiendo el ejemplo de los ornitólogos serios, empecé a llevar un cuaderno con mis avistamientos: «1 de agosto: Vi varios ánades reales y fochas en el parque. 2 de agosto: Hoy, solo gaviotas reidoras».

En casa tengo un cuaderno de tamaño A₄ que me compró mi abuela Janka. «Stanisław Łubieński, AVES». Durante algún tiempo, alrededor de 1993, pegué en él los artículos sobre animales que encontraba (en algunos casos, a juzgar por las manchas grasientas y redondas, debí utilizar goma arábica en lugar de un pegamento escolar). Mi abuela me guardaba recortes de los semanarios KULISKY PRZEKRÓJ. Están escritos con profesionalidad; al fin y al cabo, la abuela era bibliotecaria. Por ejemplo, un artículo sobre cómo en el apogeo del verano polaco muchas especies inician su migración a África, bajo el título «Los últimos polluelos». Y por debajo, con la letra temblorosa de la abuela: «PRZEKRÓJ, 8 de agosto de 1993».

Yo principalmente recortaba artículos de GAZETA WYBORCZA. Textos de Adam Wajrak en su mayoría. Algunos incluyen un llamamiento a la acción: en el valle de Omulew, en la antigua voivodía de Ostrołęka, la gente caza gallo liras negros en plena temporada de *lekking*¹. Otros están orientados

1 Reunión de los machos para exhibirlos con el fin de atraer a las hembras (*N. de la T.*).

al turismo: en las montañas de Bieszczady se pueden ver águilas volando en círculos sobre los quioscos de comida rápida. Otros son educativos: cómo comportarse durante un paseo por el bosque. Durante un año, Krzysztof Filcek escribió sobre las aves para el mismo periódico. La serie se llamaba «Salir a pasear con prismáticos» y explicaba cómo y dónde empezar a observar aves como afición. Textos amenos y sencillos, escritos por un verdadero entusiasta.

En la escuela, a mis compañeros les divertían mis aficiones. La curiosidad por las aves siempre ofrece munición para las bromas (como por cierto lo sigue haciendo hoy). No puedo decir que sufriera especialmente por ese motivo; siempre hay que pagar un precio por las excentricidades. En biología me moría de ganas de que llegáramos a la zoología, pero en el temario apenas tocamos las aves. La profesora sabía poco sobre la vida de los pájaros y ni siquiera podía identificar las especies comunes. Recuerdo su impotencia cuando un niño trajo unos polluelos de herrerillo encontrados en el parque. Probablemente tuvieron un mal final, como los dos jerbos que había en la sala de atrás del laboratorio de biología. Una mañana entramos y descubrimos que se habían enzarzado en una batalla fratricida. Como consecuencia, uno de los jerbos yacía muerto con la pata mordida, mientras el otro buscaba tranquilamente comida en el serrín que cubría la jaula.

Yo solía ir a buscar pájaros en nuestro jardín o en el parque; incluso mientras jugábamos al fútbol me paraba a mirar cuando veía alguna forma desconocida en el cielo. Recuerdo el asombro de mis padres cuando vi pasar un pájaro carpintero durante un reportaje en el telediario. «Vuelo ondulante», les expliqué en tono casual, aunque mi diagnóstico requería una aclaración bastante más amplia. Hasta hoy, mi hermano recuerda una transcripción que hice en mi libro del canto de un ave rapaz: glie-glie-glieon. En 1994, mi madre,

tío Tomek, Michaś y yo fuimos a Hungría, mi primer viaje de observación de aves al extranjero. Lo organizó Maciej Zimowski, conocido después en los círculos literarios de Cracovia como Maciej Kaczka².

En nuestro grupo, de cuarenta personas, había experimentados ornitólogos de mediana edad, algunos jóvenes devotos y un puñado de personas que no eran observadores de aves. No recuerdo ningún conflicto ni queja: los naturalistas suelen ser inmunes a los inconvenientes. Además, la naturaleza ofrece sus compensaciones. En una rama sobre nuestra tienda ya habíamos visto el nido de un alcaudón chico, mientras que justo al lado de la puerta había unos halcones diminutos, que se alimentaban principalmente de insectos. Por la noche, resultó que el *camping* estaba vigilado por tres especies de búhos. Una hermosa dama blanca –la lechuza común– y una familia de mochuelos pequeños, cuya cría casi se nos cae encima cuando intentaba posarse torpemente en un canalón. Por último, había un cárabo rechoncho, el más sigiloso del grupo, que se posaba en solitario sobre las estacas de la valla que delimitaba el campo.

Mis impresiones de aquellas vacaciones fueron bastante diferentes a las de mis colegas. De Hungría no recordaba las ciudades, los monumentos o las tiendas; solo la imagen de la estepa abrasada por el sol, el calor inhumano y las caras de mis compañeros de viaje quemadas por el sol. Un paseo por el barniz agrietado del barro sobre un lago seco y un pico en forma de cuchara enterrado en el polvo. He aquí todo lo que quedó de su antigua dueña, una espátula. Y también la coqueta ocurrencia de mi madre en la velada de integración: «Soy lo suficientemente mayor como para haber visto un dodo». Ante mis ojos se despliegan imágenes de aves.

2 Es decir, que le apodaban Pato (*N. de la T.*).

Enormes avutardas, con las plumas erizadas, agachadas en la esquina de un campo de colza. Un encuentro con un zarapito de piedra, un pájaro marrón de patas largas con ojos como platos dorados, que es casi invisible en la tupida hierba. En el parque de Debrecen, avistamos un pico sirio, que en aquella época todavía era una rareza en Polonia, aunque hoy no suscita grandes emociones. Y carracas azul zafiro buscando presas desde cada cable próximo a la carretera. A mediados de los años noventa, esta especie experimentaba en Polonia una crisis evidente; hoy, dos décadas después, está a punto de la extinción.

Un año después fuimos a Escandinavia. Una vez más, no recuerdo a sus gentes ni a sus ciudades. Estas últimas, de hecho, las evitamos deliberadamente. De nuestro paso por Oslo recuerdo únicamente las barnaclas en el parque de la ciudad. En cambio, ante mis ojos sí se elevan los bosques de abetos, las ramas entrelazadas con líquenes colgantes, los abedules enanos, la policromía de los blandos cojines de musgo. Y las aves. La perdiz de los sauces escondida en la tundra; un somorgujo solitario en un lago en medio de una selva melancólica. Los rocosos acantilados de la isla de Runde y las alcas con aspecto de pingüino de vuelo torpe: las imágenes de la página 130 por fin habían cobrado vida.

El delta del Danubio. En el camino, casas de Transilvania con tejados de chapa ondulada, jaurías de perros callejeros en las áreas de descanso. Nuestro autobús polaco de Przemyśl con un agujero oxidado en su flanco derecho y una correa de ventilación que se quebró en una subida pronunciada. El único objetivo de nuestro viaje era la naturaleza. Las golondrinas entraban en la cafetería del *camping* a través de la ventana abierta, se abalanzaban sobre las mesas y colgaban sus nidos bajo el techo. Incansable, la naturaleza no se tomaba un respiro ni siquiera de noche. La hierba cobraba vida gracias al sonido de millones de grillos, como

un enorme instrumento musical que improvisa diferentes registros y ritmos. Y es que la música de la naturaleza no siempre tiene sentido para el oído humano.

Más adelante, soñé repetidamente con nuestra travesía por el delta. Viajes a través de túneles de juncos, atajos invisibles, hectáreas de bosques anegados. El delta estaba dominado por la vegetación. Los pájaros eran los guardianes de aquel reino fluvial. Enormes pelícanos, tranquilos y seguros de sí mismos, pasaban como avionetas por encima de nuestras cabezas. Los ibis de pico doblado se abrían paso entre los charcos con su brillo metálico. Por su parte, las garzas acechaban inmóviles en la orilla. Fue mi último viaje familiar para avistar aves. Poco a poco, empecé a exigir autonomía.

Las enciclopedias sobre el medioambiente están escritas con un lenguaje muy peculiar. Ya de niño me familiaricé lo suficiente con ellas como para que la terminología especializada no resultara ningún misterio para mí. Eran puro significado sin estilo; no me di cuenta de su potencial cómico. Y sin embargo es extraño, porque en mis redacciones escolares elegía cuidadosamente las palabras. Pronto me di cuenta de que, a pesar de lo que nos decían los filólogos polacos, a veces era mejor repetir una palabra que elegir un sinónimo rebuscado. No iba a sustituir la palabra «pájaro» por alguna pedantería como «nómada alado».

Hay que decir que el lenguaje enciclopédico puede resultar atroz para alguien a quien siempre le haya gustado leer. Pero al mismo tiempo su vocabulario no puede ser sustituido por un lenguaje neutro y cotidiano. Las palabras que se utilizan en las guías son precisas y tienen un propósito: macho, hembra, alimento, forraje. Es irrefutable el hecho de que los pájaros no comen como las personas. Evidentemente, no son damas ni caballeros. Trasladar irreflexivamente las ideas del mundo de los conceptos humanos a los animales es incurrir en un infantilismo. Los pájaros no aman ni

se acuestan, ni siquiera tienen sexo. Copulan. Este término técnico, tan inhumano, transmite la esencia del asunto. No hay romanticismo, se trata únicamente de reproducirse y transmitir los genes. De copular: una actividad que no puede denominarse de otra manera.

De hecho, estas palabras son familiares para cualquiera que haya estudiado biología o visto un documental sobre la naturaleza. Pero también hay otro vocabulario menos evidente. Cada parte del cuerpo de un ave y cada componente de su plumaje tiene su propio nombre. El término polaco para designar el plumaje es *szata*, que significa «vestido» o «túnica»; a mí me gusta especialmente esta palabra, que para una persona ajena al asunto tiene un aroma a incienso y a lectura dominical. El plumaje depende de la edad, la estación y el sexo del ave. Puede ser fresco o viejo. Cada especie tiene diferentes plumajes y los cambia (mediante la muda) siguiendo una secuencia determinada.

Son curiosas las palabras extraídas de las descripciones de la figura humana. En una guía encontré el adjetivo «ancho de espalda». Sin embargo, no se utilizaba para describir una especie imponente y poderosa. Las águilas no siempre tienen hombros anchos. Las aves se describen a menudo por contraste con otras especies similares. Suele tratarse de sutiles diferencias de proporción, una impresión fugaz difícil de precisar. Así, en la guía de Lars Jonsson se dice que el mosquitero silbador es «más ancho de espalda» que la motacilla, a la que se le parece mucho. Una vez les leí esta descripción a unos amigos, y por un momento no entendí por qué les resultaba tan jocosa. Basta con echar un vistazo a estos dos pájaros, cuyo tamaño apenas supera los diez centímetros, para darse cuenta de que no estamos hablando de la anchura de la espalda humana.

Lo mismo ocurre con la «expresión facial». Los pájaros no tienen cara, pero la yuxtaposición de varias líneas, cejas y manchas en la cabeza, sean oscuras o brillantes, puede dar

la impresión de rasgos y emociones. Un ejemplo llamativo es el de una pareja de pájaros estrechamente emparentados que son las especies más pequeñas de Europa: el reyezuelo sencillo y el reyezuelo listado. El primero tiene una mancha brillante alrededor del ojo, lo que le da un aspecto agradable e inocente. En cambio, el reyezuelo listado parece su malvado hermano gemelo. Bajo su ancha ceja blanca hay una demoníaca línea negra que atraviesa su ojo, negro como el carbón. Una marca gris debajo del ojo completa la stampa. Parece como si esta pequeña criatura, que pesa seis gramos, hubiera pasado varias noches en vela trabajando.

Los términos utilizados para indicar las posibilidades de ver una determinada especie son intrigantes. «Común» no significa en absoluto ordinario, banal y sin interés. Una especie es común si su población es numerosa. Un «visitante ocasional», a su vez, es un ave cuyas rutas migratorias no suelen pasar por el territorio especificado, pero que ocasionalmente se desvía hacia allí. Un «exótico» es algo muy diferente: una verdadera rareza. Llega de vez en cuando, normalmente por casualidad; por ejemplo, si una tormenta lo empuja a la costa. También me gusta el término «invasor». Estas aves son imprevisibles. Un invierno aparecen aquí en gran número y un año después reina el silencio y no hay más que un puñado.

Ryszard Kapuściński escribió este poema:

*La lavandera cascadeña
tiene un bello plumaje
la garganta negra
las alas marrón oscuro
el pico negro.*

Vive en ríos de curso rápido

*llama la atención por su movilidad
y su incesante canto:*

*tsisis
tsisis
tsier
tsisis³.*

Viene precedido de una cita de Edward Stachura⁴: «Todo es poesía».

Al final de la escuela primaria ya poseía yo un conocimiento notable sobre los pájaros, pero estaba cada vez menos interesado en las lecturas especializadas. Cuando empecé el instituto, descubrí las ventajas de un control parental más laxo. Seguí avistando los pájaros, pero era algo que podríamos enmarcar mejor como un reflejo involuntario. Repetía las actividades que había aprendido a lo largo de los años, aunque las hacía de forma automática, con menor frecuencia y sin disfrutarlas. Mi entusiasmo se desvanecía por momentos.

Tras el primer año de instituto, convencí a los dos Michał, mis mejores amigos, para que me acompañaran a un viaje al norte de Escandinavia. Se suponía que era una expedición ornitológica, pero fue completamente distinta a las anteriores. Bebimos la acuosa cerveza finlandesa hasta desfallecer, trepamos los erosionados acantilados marinos, robábamos baratijas en las áreas de servicio. El miedo escalofriante y la emoción más pícaro se convirtieron en los medidores de la diversión. Las aves pasaron a un segundo plano, aunque

3 Ryszard Kapuściński: *Poesía completa*, Bartleby, Madrid, 2008, trad. Abel Murcia Soriano, pp. 181-182.

4 Poeta, prosista y traductor polaco nacido en 1937, que se suicidó en Varsovia en 1979, con 41 años (*N. de la T.*).

todavía era capaz de quedarme pasmado ante la visión del chorlito dorado bajo la pálida luz de la noche subártica.

Mis amigos no estaban tan interesados como yo en las aves, pero me tenía sin cuidado. La libertad y una generosa cantidad de dinero en los bolsillos eran tan tentadoras que al año siguiente fuimos los tres a Córcega y Cerdeña. En ese período habíamos experimentado ávidamente con el alcohol, así que esta vez no claudicamos ante cualquier cosa. Nos creímos adultos. Entramos sin ningún miedo en un bar corso donde una docena de hombres cantaba una melodía lúgubre. Bebían y tenían los ojos vidriosos. No nos prestaban ni la más mínima atención. Ni siquiera recuerdo si durante esas dos semanas conseguí ver al trepador azul, endémico en la isla.

Los pájaros fueron relegados a un último plano. Incluso dejé de llevar mis prismáticos a los viajes. Era raro que un avistamiento de aves me detuviera. Después de nuestro último año de instituto, Michał B. y yo viajamos a los Cárpatos ucranianos. Los dos solos. Una verdadera aventura masculina. De aquella primera visita a Ucrania recuerdo sobre todo el miedo: la impresión de que todo el mundo estaba confabulado y al acecho para matarnos. El hecho de que apenas supiéramos leer en cirílico no mejoraba nuestra autoestima.

Nuestra incapacidad para comunicarnos nos llevó a algunas situaciones ridículas. Me pasé diez minutos en una tienda rechazando el *vodichka*, pensando que aquella mujer desvergonzada quería emborracharme con vodka, cuando en realidad me ofrecía agua. De hecho, los ucranianos llaman al vodka *gorilka*, pero entonces no lo sabíamos. Un tipo simpático con una fila de dientes de oro, que charló con nosotros en el tren, nos pareció muy sospechoso. Con la respiración contenida, esperábamos que nos atacara. Al final de nuestro primer día, agotado por tantas experiencias, me alegré mucho de ver un pájaro carpintero de tres dedos que nos ignoraba alegremente mientras patrullaba en un tronco de abeto justo sobre nuestra tienda.